

IX

El día famoso de la *soirée* de los Cohen, al final de aquella semana tan luminosa y templada, amaneció nublado y triste. Carlos, abriendo suavemente la ventana, vió el mal cariz del tiempo, los árboles tenían un color obscuro y húmedo, á lo lejos el río aparecía turbio y en el aire flotaba un hálito adusto del sudoeste. Había decidido no salir y desde las nueve, sentado ante su mesa de trabajo, envuelto en una ancha bata de terciopelo azul, que le daba el aspecto de un príncipe artista del Renacimiento, procuraba trabajar; pero á pesar de dos tazas de café y de innumerables cigarros, su cerebro, como el firmamento, permanecía envuelto en nubes.

Fué realmente un alivio, una tregua con sus ideas rebeldes, cuando Bautista anunció á Villaça que iba á hablarle de una venta de piaras de cerdos en Alemtejo.

—Un negociejo—dijo el administrador sacando del bolsillo un rollo de papeles y dos contos de reis.
—No es mal presente, tan tempranito...

Carlos se desperezó:

—No viene mal este dinero, Villaça; pero crea que preferiría que me trajera usted un poco de lucidez de inteligencia... ¡Estoy hecho un estúpido!

Villaça le miró sonriendo:

—¿Quiere S. E. decir que antes preferiría escribir una hermosa página que cobrar quinientas libras? Son gustos, señor, son gustos... Bueno es ser un Herculano ó un Garrett, pero dos contos de reis, son dos contos de reis... En fin, he aquí de dónde provienen.

Explicóle el asunto sin tomar aliento, apresurado, mientras Carlos consideraba cuán feo era el alfiler que llevaba Villaça en la corbata (un mono comiéndose una manzana de oro) y distinguía vagamente á través de su neblina mental, que se trataba de un vizconde de Coelho y de unos cerdos... Cuando Villaça le acercó los documentos, los firmó con aire de moribundo.

—¿No se queda usted á almorzar?—preguntó viendo que Villaça se ponía el rollo de papel bajo el brazo.

—Mil gracias... He de ver á Eusebio... Vamos al ministerio... Desea una cosa... Quiere la encomienda de la Concepción... Pero el gobierno está disgustado con él.

—¡Ah!—murmuró Carlos con respeto y bostezando—¿el gobierno está descontento de Eusebio?

—No se portó bien en las elecciones. Hace unos días el ministro me decía confidencialmente: "Eusebio es chico que vale; pero de mala índole..." Cruges me dijo que S. E. le había encontrado en Cintra.

—Sí, hacía méritos para la encomienda de la Concepción.

Cuando salió Villaça, Carlos volvió á coger la pluma, pero sin más provecho que antes. Apareció Alfonso de Maia, que volvía de su paseo matutino y traía una carta para Carlos, que halló por equivocación en su correo. Preguntó por Villaça.

—Aquí estaba, pero salió á escape; anda en busca

de una encomienda para Eusebio—contestó Carlos abriendo la carta.

Tuvo una sorpresa viendo en el papel una invitación del conde de Gouvarinho para comer el sábado siguiente, hecha en términos muy amables, invocando la amistad, los *átomos ganchudos* de Descartes. Carlos se echó á reír y contó á su abuelo que un par del reino le invitaba á comer, citando á Descartes.

—Son capaces de todo—murmuró el viejo.

Dando después una mirada risueña á los papeles que había sobre la mesa:

—Se trabaja, ¿eh?

Carlos se encogió de hombros.

—Si á esto se llama trabajar... Mire cuanto papel roto... Mientras se trata de tomar notas, de recoger y compulsar documentos, de reunir materiales, muy bien... Pero en cuanto hay que ordenar ideas con simetría, darles color y relieve... ¡Se acabó!

—Preocupación peninsular, hijo—contestó Alfonso sentándose.—Évitala. El otro día se lo decía á Craft, que estaba conforme... Los portugueses nunca tendrán ideas á causa de la perfección de la forma. Su manía es hacer frases rotundas, verles el brillo, sentir su música. Si es necesario, falsear la idea, dejarla incompleta, exagerarla, para ganar en belleza, el desgraciado no vacila... Vaya noramala el pensamiento; pero sálvese la frase.

—Es cuestión de temperamento—dijo Carlos.—Hay seres inferiores para quienes la sonoridad de un adjetivo es más importante que la exactitud de un sistema... Yo soy uno de estos monstruos.

—Entonces eres un retórico...

—¿Y quién no lo es? Bien sabe usted que, en verso, muchas veces la exigencia de una rima, es lo que presta originalidad á una imagen... Muchas ve-

ces el esfuerzo de completar la cadencia de una frase se puede traer desenvolvimientos nuevos é inesperados de una idea... Quizá el estilo es una disciplina del pensamiento. ¡Vivan los períodos rotundos!

—El señor Ega—anunció Bautista, cuando la campana anunciaba el almuerzo.

—Explicale la frase—dijo Alfonso riendo.

—¡Eh! ¿Qué frase? ¿Qué?—exclamó Ega que entró como una tromba, sin afeitar, con el cuello del gabán levantado.—¿Cómo está don Alfonso de Maia? Dime, Carlos, ¿me puedes sacar de un apuro? ¿Tienes una espada que me sirva?

Y como Carlos le mirara asombrado, añadió ya impaciente:

—¡Sí, hombre, una espada! No es para batirme, estoy en paz con todo el mundo... Es para esta noche, para el baile de máscaras.

Mattos, aquel estúpido, sólo el día anterior le dió el disfraz, y ¡cuál no sería su horror al ver que le entregaba, en lugar de una espada artística, un sable de municipal! Ganas le dieron de ensartarle con él. Se acordó de Craft; sólo tenía mandobles que pesaban arrobas, espadones tremendos de los brutos que conquistaron la India... Nada aprovechable. Entonces pensó en las panoplias de Ramillete.

—Debes tener. Lo que necesito es una espada larga y fina, con cazoleta de acero labrado, con vaina de terciopelo carmesí. ¡Y sin cruz, sobre todo sin cruz!

Alfonso, interesado en aquel apuro de John, recordó que en el corredor del segundo piso debía haber unas espadas españolas...

—¿En el corredor?—exclamó Ega, precipitándose.

Era inútil. El buen John no las encontraría. No estaban en panoplias, sino en unos cajones que procedían de Bemfica.

y vice-versa

—Ya voy, hombre fatal, ya voy—dijo Carlos levantándose resignado.—Pero te advierto que carecen de vaina.

Ega cayó anonadado. Fué Alfonso quien tuvo una idea salvadora.

—Manda hacer una vaina de terciopelo negro. Esto se hace en una hora. Y haz que le cosan redondas de terciopelo carmesí.

—¡Espléndido!—gritó Ega—¡eso es tener gusto! Apenas salió Carlos, despotricó contra Mattos.

—¡Pensar que me da un sable de municipal! Y es el que hace los trajes para todos los teatros... ¡Qué idiota!... ¡Todo es así; este es un país imposible!

—Oye, Ega, ¿supongo que no querrás hacer responsable á toda la nación, á siete millones de almas, de la tontería de Mattos?

—Sí, señor, sí El *costumier* envía, con un traje del siglo xiv, un sable de municipal; por su parte el ministro, hablando de impuestos, cita á Lamartine; y el literato, ese animal supremo...

Calló viendo la espada que Carlos traía en la mano, una hoja del siglo xvi, de gran temple, fina y vibrante, con la cazoleta labrada como un encaje y que llevaba grabado el nombre ilustre del artifice: Francisco Ruy, de Toledo.

Envolviola en un periódico, dió las gracias por el almuerzo que le ofrecían, y desaparecía ya cuando Alfonso le gritó:

—Oye, John; esta espada pertenece á nuestra casa y creo que siempre sirvió con honra... ¡Mira cómo te sirves de ella!

Ega se volvió.

—No la sacaré sin razón ni la envainaré sin honor. *¡Au revoir!*

—¡Qué vida, qué juventud!—exclamó Alfonso.—

¡Dichoso John!... Ea, hijo, ya ha tocado la campana.

Carlos iba á seguir á su abuelo, cuando resonó el timbre de su entrada particular. Resonó un paso apresurado y apareció Dámaso muy conmovido y jadeante. Sin dejar que Carlos le expresara su sorpresa por verle al cabo en Ramillete, exclamó:

—Gracias á Dios que te encuentro. Vengo para que vayas á ver á un enfermo.. Te explicaré... Son esos brasileños... ¡Pero aprisa, por Dios, muchacho!

Carlos se levantó, pálido.

—¿Es ella?

—No, la chiquitina, que ha estado á la muerte... Vístete, Carlitos, vente; la responsabilidad es mia.

—¿Es un bebé, verdad?

—¡Qué bebé! Una niña de seis años... ¡Anda, vámonos!

Carlos llamó á Bautista para que le vistiera. Dámaso exageraba su impaciencia para darse importancia.

—¡Qué cosas, Señor! Iba á visitarles como hago muchas mañanas... y me encuentro con que marcharon á Queluz.

Carlos se volvió.

—¿Entonces?..

—Sí, hombre... Marcharon ellos, pero la niña quedó con el aya. Después de almorzar se indispuso. El aya quería un médico inglés, porque no sabe el portugués. Fui en busca de Smith; no estaba en casa... Pensé en ti...

Y añadió mirando el jardín:

—Un día de estos iremos á Queluz; nos hemos de divertir... ¿Estás listo? Abajo tengo el coche. Déjate de guantes...

—¡Que el abuelo no me espere para almorzar!—gritó Carlos á Bautista.

33334

Dentro del coche había un ramo de flores enorme.
—Era para ella,— explicó Dámaso;—se pirra por las flores.

Apenas anduvo el coche, Carlos preguntó:

—¿No querías romper la cara á ese Castro Gomes?

Dámaso se explicó, triunfante. Fué una equivocación Castro Gomes le había contestado; pero á París. Era un perfecto caballero. ¿Curioso, eh? Si no recibió contestación á los telegramas, fué por descuido de la señora, aturrullada al ver á su marido con el brazo herido. Le habían dado explicaciones. Ahora eran íntimos. Estaba con ellos á todas horas...

—En fin, chico, una novela... Ya te explicaré...

El coche se detuvo á la puerta del Hotel Central. Dámaso preguntó al portero:

—¿Antonio ha enviado el telegrama?

—Ahora...

—Envié un despacho á Queluz,—decía corriendo por la escalera;—no quiero responsabilidades.

En el corredor pasaba un camarero con una servilleta debajo del brazo.

—¿Cómo está la niña?—gritóle Dámaso.

El camarero se encogió de hombros, sin comprender.

Dámaso subía ya otro tramo de escalera, resoplando, gritando:

—¡Por aquí, Carlos! Es en el número 26.

Abrió con estrépito la puerta; una camarera que estaba junto á la éntada, se volvió.

—¡Ah! *bonjour*, Melanie—exclamó Dámaso en un francés extraordinario.—*¿L'enfant était meilleur?* Aquí está el doctor, *monsieur le docteur Maïa*.

Melanie, una muchacha flaca y morenucha, contestó que la señorita estaba mejor y que iba á lla-

mar al aya. Se levantó, lanzando á Carlos una mirada viva como un rayo.

La sala era espaciosa; sobre la mesa de centro había periódicos, cajas de cigarros, novelas de Capendu, y en una silla una labor de bordado.

—Esta Melanie es una calamidad murmuró Dámaso cerrando la ventana.—Qué gente!

—Ese caballero debe ser bonapartista—dijo Carlos, viendo un número del *Pays*.

—Sí; tenemos tremendas polémicas... Yo le derroto siempre... Es un buen muchacho, pero poco listo.

Melanie volvió al cabo de unos instantes, rogando á Carlos que entrara en el cuarto tocador. Y allí, después de recoger una toalla caída y de dar otra ojeada petulante á Carlos, le dijo que dentro de un instante vendría miss Sarah. En la sala se oyó la voz de Dámaso, que hablaba á Melanie de su *responsabilité, et que il était très affligé*.

Carlos quedó en la intimidad de aquel gabinete tocador, que no se arreglara aquella mañana. De dos magníficas maletas abiertas salían vestidos y ropa blanca: en una silla había un montón de medias de seda de todos colores y tejidos; en el suelo veíanse botas charoladas de diversos colores, todas de forma estrecha y alargada, con el tacón bajo. En un rincón se veía un cesto acolchado de seda de color de rosa, donde debía viajar la perrita.

Pero las miradas de Carlos se fijaban, sobre todo, en un sofá donde estaba extendido, con ambas mangas abiertas á manera de brazos que se ofrecen, el abrigo de terciopelo de Génova que llevaba la primera vez que la vió. El forro, de raso blanco, no tenía el menor acolchado: tan perfecto debía ser el cuerpo que vestía. Carlos sintió latir su corazón. Un perfume fuerte de jazmín, de tanglewood de

mariscala, emanaba de todas aquellas prendas íntimas y le llegaba al rostro como una caricia...

Se aproximó á la ventana, que tenía por perspectiva la fachada del hotel *Sneid*. Cuando se volvió, miss Sarah estaba delante de él, vestida de negro y muy colorada; era una personita simpática, bajita y regordeta, de ojos sentimentales y una cabeza de virgen, con bandós lisos y rubios. Balbuceó unas palabras en francés, de las que Carlos sólo comprendió *docteur*.

— *Yes, I am the doctor* - contestó.

El rostro de la buena inglesa se iluminó. ¡Era tan bueno tener al fin con quien hablar! ¡La niña estaba mucho mejor! ¡El doctor la libraba de una responsabilidad!

Abrió la puerta é hizo que Carlos penetrara en un cuarto con las ventanas cerradas, en el que apenas se distinguía una gran cama y el brillo de un tocador.

Miss Sarah había pensado que la obscuridad y el silencio convenían á la niña y la había llevado á aquella habitación de su mamá.

Carlos hizo abrir las ventanas, y al ver en la cama á la pequeñuela, no pudo contener su admiración.

— ¡Qué linda niña!

Y quedó un instante contemplándola á fuer de artista, pensando que los blancos más nítidos y puros no igualarían jamás la blancura maravillosa de aquella piel ebúrnea, y aquella adorable blancura resaltaba más por el cabello negro, tenebroso, abundante, que relucía bajo la redecilla. Sus ojos grandes, de un azul profundo y líquido, parecían mayores, muy serios, fijos en él.

Estaba hundida en amplia almohada, quieta, aun asustada por el dolor, perdida en aquel vasto lecho,

apretando sobre el pecho una gran muñeca de ojos azules.

Carlos le tomó la manita y se la besó, preguntando si la muñeca estaba enferma también.

— *Cri-cri* también tuvo dolor, — contestó muy formal, sin apartar de él sus magníficos ojos. — Yoya no lo tengo...

Estaba, en efecto, fresca como una flor, con la lengüecita rosada, y ya quería lunchar.

Carlos tranquilizó á miss Sarah.

Bien veía que la niña estaba buena. Lo que la asustó es ver que su madre estaba fuera... la responsabilidad... Si fuera una niña inglesa ya estaría paseando por el aire... Pero esas niñas extranjeras, tan débiles, tan delicadas... Y el labio grueso de la inglesa parecía respirar desdén hacia esas razas inferiores y deterioradas.

— ¿Su mamá es enfermiza?

— Oh, no; la señora es muy robusta; el señorito es el que parece enclenque...

— Y ¿cómo se llama mi querida amiga? — preguntó Carlos sentado á la cabecera.

— Esta se llama *Cri-cri*, — respondió la niña, presentando de nuevo la muñeca; — yo me llamo Rosa, pero papá dice que me llamo Rosicler.

— ¿Rosicler? ¿De veras? — dijo Carlos sonriendo de aquel nombre de libro de caballería, que evocaba torneos y bosques de hadas.

Después, como movido de su interés profesional, preguntó á miss Sarah si la niña había sentido la mudanza de clima. ¿No vivían ordinariamente en París?

Sí, habitaba en París en invierno, en el parque Monceaux; en verano iban á una quinta de Turena y pasaban un mes en Dieppe. Por lo menos desde hacía tres años, desde que ella estaba con Madame.

Mientras la inglesa hablaba, Rosa no cesaba de mirar á Carlos gravemente y como maravillada. El de vez en cuando, le sonreía y le acariciaba la mano. Los ojos de su madre eran negros; los de su padre pardos y pequeños. ¿De quién heredara aquellas magníficas pupilas de un azul tan rico, líquido y suave?

Terminaba su visita de médico; se levantó para recetar un calmante. Mientras la inglesa preparaba los trebejos de escribir, Carlos examinó la habitación. En aquel cuarto vulgar de hotel lujoso, veía detalles que revelaban á una mujer de gusto y delicada. En la mesa y en la cómoda había grandes ramos de flores; las fundas de las almohadas y las sábanas, no eran del hotel, sino propias y en la butaca que había junto á la ventana, una cachemira de Tarnah cubría el reps sórdido.

Después, al escribir la receta, notó Carlos sobre la mesa algunos libros ricamente encuadernados, novelas y poesías inglesas; pero chocaba con todo aquello extrañamente, un tomo singular—el *Manual de la interpretación de los sueños*. Al lado, sobre el tocador, entre el marfil de los cepillos, los cristales de los frascos, había un objeto extravagante, una caja de polvos de arroz, de plata sobredorada, con un magnífico zafiro engastado en el centro de la tapa, dentro de un círculo de brillantes, una joya llamativa de cocotte, poniendo allí una disonancia de esplendor brutal.

Carlos volvió junto á la cama y pidió un beso á Rosicler: ella le ofreció su boquita, fresca como un capullo de rosa; él no se atrevió á besarla en el lecho de su madre, y apenas le rozó los cabellos.

—¿Cuándo volverás?—preguntó le agarrándole por la manga de la levita.

—No es necesario volver otra vez, queridita. Ya estás buena, y Cri-cri también.

—Sí, pero yo quiero mi lunch y Cri-cri también.

—Bueno, ya podéis comer las dos...

Hizo algunas recomendaciones á la institutriz y después, apretando la mano de la pequeña:

—Y ahora adiós, mi linda Rosicler..

No quiso ser menos amable con la muñeca y también le dió un *shakehands*.

Esto pareció cautivar aún más á Rosa. La inglesa sonreía.

No era necesario, dijo Carlos, que la niña continuara en la cama, ni molestarla con exageradas precauciones..

—¡Oh, no, sir!

Y si el dolor se presentara de nuevo, que le llamaran...

—¡Oh, yes, sir!

Allí dejaba su tarjeta, con la dirección.

—¡Oh, thank you, sir!

cuando entró en la sala, Dámaso saltó del sofá.

—¡Creí que no salías nunca! ¿Es cosa de cuidado?

Carlos sonreía sin contestar.

—¡Dimel!

—No, no tiene nada. Tiene unos lindos ojos.. Y un nombre extraordinario.

—Ah, Rosicler,—murmuró Dámaso—muy ridículo ¿verdad?

La criada francesa reapareció para acompañarles, mirando de cierta manera á Carlos. Dámaso recomendó que dijera á los señores que había estado y traído el médico, y que volvería por la noche para saber si les había gustado Queluz—*si ils avaient aimé Queluz*.

—¿Quieres que te acompañe á casa?—preguntó á Carlos.

Este prefería ir á pie.

—Acompáñame un ratito, ahora que no tienes nada que hacer.

Dámaso se resistía, temiendo lluvia. Pero el otro no le dejó.

—Quiero saber tus aventuras, hombre fatal. Ven-ga la novela. No te suelto hasta que hayas despotri-cado.

Dámaso sonreía.

—Voy haciendo por la vida - dijo con aire de im-portancia.

—¿Creo que fuisteis á Cintra?

—Sí, pero nos aburrimos.. La novela es otra.

Hizo signo al cochero de que les siguiese y fué ha-cia Aterro.

—He ahí de qué se trata.. El marido marchará al Brasil dentro de unos días.. ¡Ella se queda! Se que-da con la niña y la servidumbre, dos ó tres meses. Quieren una casa particular, les aburre el hotel.. Y yo, íntimo, el único á quien ella conoce, metido en su casa.. ¿Comprendes ahora, eh?

—Ya lo creo—contestó Carlos, arrojando el ciga-rrero con ademán nervioso.—Y de fijo que la pobre mujer ya está fascinada. ¿Ya le diste, como acos-tumbras, un beso ardiente entre dos puertas? ¿Ya se ha provisto de fósforos para cuando la abandones?

—No vengas con pullas... No la besé porque no hubo ocasión... Lo que te puedo decir, es que tengo mujer.

—Pues ya era tiempo—exclamó Carlos sin conte-ner un movimiento brusco y dirigiéndole las pala-bras como latigazos. ¡Ya era tiempo! Andabas por ahí con criaturas innobles, con ralea de lupanar... Ahora hay progreso. Me gusta que mis amigos ten-

gan sentimientos decentes. Pero cuidado... No seas el Dámaso de siempre; no vayas á alabarte de ello en el Gremio y en la Habaneral

Dámaso se detuvo sofocado, asombrado, no com-prendiendo aquella súbita ironía. Y terminó por bal-bucear, lívido:

—Puedes entender mucho de medicina y de bric-á-brac; pero en achaque de mujeres no me das lec-ciones..

Carlos le miró con un deseo brutal de sacudirle el polvo; pero le vió tan inofensivo, tan insignificante, que se avergonzó del sordo despecho que sintiera, tomóle el brazo y le dirigió palabras cariñosas.

—No me has comprendido, Dámaso. No te quise ofender.. Fué por tu bien.. Lo que yo recelaba era que tú, imprudente, arrebatado, apasionado, perdie-ras esta aventura por una indiscreción.

Dámaso se consoló, sonriendo, al pensar que Maia deseaba que tuviese una amante *chic*. No, no se ofendió... no se ofendía nunca con los amigos.. Com-prendía que lo que dijera Carlos era por amistad...

—Pero á veces, estás harto irónico. Se te pegó el vicio de Ega...

No, por una imprudencia no perdería tan hermo-sa ocasión. Obraría con todas las regias. Le sobra-ba experiencia. Melanie ya era suya; le había dado dos libras.

—Además es una cosa muy seria; ella conoce á mi tío, él la ha visto casi nacer; se tratan de *tú*...

—¿Qué tío?

—Mi tío Joaquín... El que vive en París, el amigo de Gambetta...

—Ah, sí, el comunista...

—¿Qué comunista? ¡Si tiene coche!

Matas—Tomo II—4

De pronto se acordó de otra cosa, de un detalle de etiqueta que quería consultar á Carlos.

—Mañana comeré con ellos; asistirán también dos brasileños que llegaron hace unos días... Uno de ellos es *chic*, pertenece á la Legación del Brasil en Londres; de modo que es comida de etiqueta. Castro Gomes no me dijo nada, pero me parece que se impone el frac...

—Sí, ponte frac y una rosa en el ojal.

Dámaso le miró, pensativo.

—Había pensado en el collar de Cristo...

—La cruz... Sí, ponte el collar y una rosa en el ojal...

—¿No estará de más?

—No; cuadra á tu tipo...

Dámaso hizo parar el coche que les siguiera al paso y dió un apretón de manos á Carlos:

—¿Irás de dominó al baile de los Cohen? Mi disfraz de salvaje es divino. Lo enseñaré esta noche á la brasileña... Entro en el Hotel embozado en una capa y les aparezco de pronto, de Nelusko, cantando:

Alerta marinari,
Il vento cangia...

—Será *chic* ¿verdad?... ¡Good bye!

A las diez Carlos se vestía para ir al baile. En el exterior la noche era tormentosa; arreciaban el viento y la lluvia. En el gabinete se respiraba una atmósfera tibia y perfumada. Al lado del espejo, sobre una poltrona, veíase el dominó de terciopelo negro con un lazo azul claro.

Bautista esperaba, con el frac en la mano, que Carlos acabara de beber una taza de café negro, que tomaba de pie, en mangas de camisa.

De repente resonó furiosamente la campanilla de la escalera particular.

—Tal vez otra sorpresa...—murmuró Carlos— Hoy es el día de las sorpresas.

De nuevo se agitó la campanilla. Carlos salió á la antecámara y por la abierta puerta, que dejó penetrar una bocanada de aire frío y húmedo, precipitóse una forma escueta y rojiza. Después ondearon escalera arriba dos plumas de gallo, apareció un manto escarlata, y Ega, vestido de Mefistófeles, caracterizado, surgió ante Carlos.

Este tuvo apenas tiempo de decir ¡bravo! pues el aspecto de Ega le hizo enmudecer. A pesar de que casi estaba desconocido por los toques de pintura que se había dado, veíase que llegaba afligido, con los ojos inyectados, convulso, lívido. Hizo una seña Carlos; Bautista se retiró discretamente cerrando la puerta.

Estaban solos. Entonces Ega, retorciéndose desesperadamente las manos, dijo en voz ronca:

—¿Sabes lo que me ha ocurrido?

No pudo decir más, sofocado, tembloroso.

—Llegué á casa de los Cohen—continuó Ega haciendo un esfuerzo—muy temprano, como conviniéramos. Sólo había tres ó cuatro personas. Cohen, al verme, vino hacia mí y me dijo: “¡Váyase usted á la calle, so canalla! ¡Váyase en seguida, si no quiere que delante de estos señores le arroje á puntapiés!” Y yo, Carlos...

La ira ahogó de nuevo su voz. Estuvo unos momentos mordiéndose los labios, ahogando sollozos.

Cuando pudo hablar, fué una explosión de rabia lo que soltaron sus labios:

— ¡Quiero batirme con ese malvado, á cinco pasos, meterle una bala en el corazón!

Otros sonidos ahogados se le escaparon de la garganta, y dando furiosas patadas, repetía, como enfurecido por su propia voz:

— ¡Quiero matarle! ¡Quiero matarle! ¡Quiero matarle!

Después, alucinado, sin ver á Carlos, empezó á pasear por la habitación, con el manto echado hacia la espalda, con la espada que le golpeaba las piernas.

— ¿Lo descubrió todo, pues?— preguntó Carlos.

— Sí, lo descubrió; no sé cómo; pero sé que lo sabe. ¡Arrojéme! ¡Le he de meter una bala en el cuerpo! ¡Por el alma de mi padre, que le hago cisco! Quiero que mañana vayas á su casa con Craft. Las condiciones son éstas: á pistola; á quince pasos!

Carlos, ya sereno, replicó:

— Querido Ega, no puedes provocar á Cohen.

El otro pareció recibir un latigazo; relampagueáronle los ojos y las plumas de gallo que ondeaban en su gorra y el manto terciando le daban un aspecto de ferocidad teatral y cómica.

— ¿No le puedo desafiar?

— No.

— Me arrojé de su casa...

— Estaba en su derecho.

— ¿En su derecho?... ¿Delante de gente?

— Y tú, ¿no eres amante de su mujer ante la gente?

Ega miró un momento á Carlos como atortolado. Después hizo un ademán, y dijo:

— No se trata de mujer... No se habló de ella... Es cuestión de honra... Quiero matarle...

Carlos se encogió de hombros.

— No estás en ti. Lo único que debes hacer es quedarte mañana en casa por si te envía padrinos...

— ¿El? ¿El, enviarme á desafiar? No es posible... Es un cobarde, un canalla... O le desafío ó le rompo la cara á palos... ¡Desafiarme! Estás tonto...

Y volvió á pasear, anhelante, descompuesto, rechinando los dientes.

Carlos callaba, llenando de nuevo la taza de te. Todo aquello empezaba á parecerle poco serio, poco digno, la amenaza de puntapiés del marido, los furros de Ega; y no podía por menos de sonreír ante aquel Mefistófeles que llenaba el cuarto con el vuelo de su capa de terciopelo escarlata y hablaba furiosamente de honra y de muerte, con cejas postizas y la escarcela de cuero en el cinto.

— ¡Vamos á hablar á Craft! ¡Quiero saber lo que dice Craft!— exclamó de pronto Ega.— Abajo tengo un simón, estamos allí en un momento.

— ¿Y á esta hora á la quinta de Olivares?— dijo Carlos mirando el reloj.

— Sí, si eres mi amigo, Carlos!...

Carlos, inmediatamente se vistió sin llamar á Bautista.

Ega se llenaba una taza de te, vertiendo el ron, pues le temblaban las manos. Luego, con un gran suspiro encendió un cigarrillo. Continuaba lloviendo y oíase el gotear del agua en el jardín.

— ¿Crees que el simón podrá llegar?— preguntó Carlos.

— Llegará; es el Zurdo.

Se fijó en el dominó; examinólo. Después se miró en el espejo, retrocedió un paso para verse mejor, contemplóse de alto abajo y terminó por ponerse una de las manos en la cintura, apoyando la otra, gallardamente, en el pomo de la espada.

— No estaba mal, ¿verdad, Carlos?

—Estabas espléndido. Es lástima que todo se echara á perder. Y ella, ¿de qué iba?

—De Margarita.

—¿Y él?

—¿El morral? De beduino.

Y continuó ante el espejo, admirando su figura esbelta, las plumas de la gorra, sus zapatos puntiagudos de terciopelo, y la punta flamante de la espada levantando la capa por atrás en actitud gallarda.

—De modo que no sabes lo que pasó luego, — exclamó Carlos; — lo que diría á su mujer, el escándalo que se armaría...

—No sé nada—respondió Ega, ya más tranquilo.

—Sólo recuerdo que en la primera sala estaba él vestido de beduino, otro caballero de oso, otro de Tenorio y una señora de tirolesa, me parece... En cuanto me vió vino hacia mí y me dijo aquello... No sé más.

Levantó los brazos y añadió:

—¡Es horroroso!

Dió otra vuelta por el cuarto y dijo con acento distinto:

—No sé qué me han puesto para pegarme las cejas; me pican de un modo insoportable.

—¡Quítatelas!

Delante del espejo, Ega vacilaba en descomponer su máscara feroz de Satanás. Arrancólas por fin. Carlos le aconsejó que para ir á casa Craft se quitara la capa y la espada y se pusiera un gabán. Ega dió todavía otra ojeada larga y muda á su encendido traje infernal y con un profundo suspiro empezó á quitarse el tahalí. Carlos le puso uno de sus gabanes y una gorra escocesa. Y así ataviado, con sus canillas coloradas de diablo saliendo por debajo del paletot, el cuello á lo Carlos IX aprisionando el suyo y el casquete de viaje en la nuca, Ega parecía un

Lucifer venido á menos, agasajado por la caridad de un *gentleman*.

Bautista alumbró, discreto y grave. Ega díjole al pasar:

— Esto va mal, Bautista, esto va mal...

El viejo criado se encogió tristemente de hombros, como queriendo decir que no hay cosa que ande bien en este mundo.

En la calle obscura los caballos tomaban la lluvia, y cuando el *Zurdo* oyó que habría buena propina, fustigó á los caballos y el viejo simón salió á galope desempedrando la calle.

A veces les cruzaba un cupé particular. Entonces la idea de la fiesta que debía hallarse en todo su esplendor; Margarita, ignorándolo todo, valsando en brazos de otros, esperándole á él, la cena después, el champagne, las ocurrencias que él habría tenido, todas aquellas delicias perdidas clavábanse en el corazón del pobre Ega, arrancándole sordas blasfemias. Carlos fumaba silenciosamente, con el pensamiento en el Hotel Central.

En Santa Apolonia empezó la carretera, batida por el aire agreste del río. Ninguno de los dos decía una palabra, absortos en sus pensamientos. Carlos no cesaba de ver el abrigo de terciopelo blanco, con las dos mangas abiertas, como unos brazos que se ofrecían...

Era más de la una cuando llegaron á la quinta. Resonó lúgubrementemente la campana, ladró un perro y tardó mucho rato en aparecer un criado soñoliento y malhumorado que, linterna en mano, indicó el camino á los visitantes. Se llegaba á la casa por una avenida de acacias, que Ega recorrió blasfemando y hundiendo sus hermosos zapatos de terciopelo en el suelo mojado.

Craft, sorprendido de aquel tumulto, les salió al